

Con este número 7 de *Diálogos sobre educación* se cierra el ciclo que, con el número 3, comencé al frente de nuestra revista, auxiliada siempre por la Dra. Yolanda González de la Torre. Ha sido una labor llena de satisfacciones y retos, ambas hemos aprendido mucho de esta experiencia, y ahora nos toca despedirnos para dejar el espacio a otros.

Durante la presentación del número 6, el Dr. Eduardo Ibarra Colado, a quien tanto admiramos y cuya titánica labor ha significado tanto para la investigación educativa de nuestro país, hacía hincapié en que deberíamos trabajar más duro para hacer honor al nombre de la revista, y proponía en particular que abriésemos un espacio para debates en forma entre los investigadores educativos. Desgraciadamente ya no pudimos crear ese espacio durante el último año de nuestra gestión, pero confiamos en que nuestros sucesores tengan mejor tino para realizar esta idea de Eduardo y hacer así de nuestra revista lo que tanto falta nos hace en educación: un verdadero foro nacional para la discusión y el diálogo sobre los grandes problemas educativos del país.

Tomemos simplemente como ejemplo el tema al que se convocó para este número: la diversidad. Por todas partes escuchamos hablar de ella, y la investigación científica de todas las disciplinas nos abruma con resultados que confirman y enriquecen lo que quienes nos ocupamos de cuestiones educativas hemos sospechado siempre: aunque las personas tienen en común muchas características y son sujetos de los mismos derechos, las diferencias entre ellas en todos los niveles son tan grandes que no es posible seguir pensando que la educación debe ser la misma para todos. Todos los seres humanos somos educables y todos tenemos el derecho fundamental a que se nos eduque; pero si no tomamos en serio que la manera de educar y los contenidos y objetivos mismos de la educación deben en cada caso adaptarse a las necesidades específicas de los individuos y los grupos, entonces nunca lograremos realizar a cabalidad el potencial que tienen las personas.

Sin embargo, es justo aquí, en este punto preciso, donde comienza el problema que necesitamos debatir y discutir, sobre el que necesitamos tener diálogos sobre educación. Puede existir consenso respecto de la idea general, pero su implementación precisa no está determinada por esa idea general. Hay mucho espacio para el desacuerdo en cómo debemos manejar la diversidad al tiempo que respetamos la humanidad de todos y los derechos de cada uno. Para unos el respeto a la diversidad implicará tal vez que es necesaria una nueva reforma de nuestras escuelas e instituciones educativas, mientras que para otros el problema está en pensar que la respuesta es otra reforma, cuando lo que se necesita es un cambio más radical, de forma tal que la educación tenga lugar en otros ámbitos que los escolares e institucionales. Para unos es la diversidad de género la importante, para otros la cultural, para un tercero la socio-económica. Para unos la educación es algo que requiere

inteligencia, talento y conocimientos, por lo cual debe haber filtros más severos a fin de lograr más; para otros los filtros son el problema, por cuanto perpetúan brechas que debemos superar. Para unos de lo que se trata es de desarrollar métodos para la intervención oportuna, que a fin de cuentas es más eficaz que la implementación apresurada de cursos remediales, para otros la cuestión es que andamos confundidos acerca de lo que realmente vale la pena enseñar. Hay quien cree que la educación es la panacea universal que será capaz de resolver los enormes problemas sociales de un país como el nuestro, los cuales estarían en la base de nuestras diferencias, y hay quien cree que las diferencias, vengan de donde vengan, son una bendición cuyo potencial educativo no sabemos aprovechar, y hay incluso quien cree que no debemos pedirle a la educación más de lo que ella razonablemente puede aportar.

Y la lista de desacuerdos posibles y reales acerca simplemente del tema del que se ocupa este número —la diversidad— podría extenderse y desarrollarse mucho más. La cuestión es cómo debemos hacernos cargo del disenso. La propuesta de Eduardo Ibarra nos parece la más atinada: tener más y mejores *diálogos sobre educación*.